



Seix Barral

Matthew Weiner

Absolutamente Heather





Matthew Weiner

Absolutamente Heather

Traducción del inglés por
Albert Fuentes

Título original: *Heather, the Totality*

© Matthew Weiner, 2017

© por la traducción, Albert Fuentes, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-322-3327-2

Depósito legal: B. 26.288-2017

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Mark y Karen Breakstone se casaron algo mayores. Karen tenía casi cuarenta años y había renunciado a encontrar a alguien tan bueno como su padre y había empezado a arrepentirse de los siete años de relación que había mantenido después de la universidad con su antiguo profesor de arte. De hecho, cuando le organizaron una cita con Mark, estuvo a punto de cancelar el encuentro porque la única virtud destacable de aquel hombre era su potencial para hacerse rico. Ésa fue la única cualidad que le mencionó una amiga suya, casada desde hacía tiempo y en su tercer embarazo. Las amigas casadas de Karen parecían obsesionadas con no haber tenido en cuenta la importancia del dinero en sus relaciones porque se habían casado demasiado jóvenes. Ahora, con más

conocimiento de causa, el tema las agobiaba y perdían el sueño pensando en su seguridad económica a largo plazo. Karen todavía deseaba encontrar a un hombre guapo. Pensaba que sería una renuncia insostenible contemplar un rostro feo todos los días y tener que preocuparse por la ortodoncia de sus futuros retoños.

Pero ninguna de sus amigas conocía a Mark personalmente. Sabían que tenía un buen empleo y que no era de Manhattan, y Karen podía pedirle información al marido de una de ellas, que lo conocía, pero en esos días anteriores al e-mail o los mensajes de móvil la gente no disponía de tiempo para averiguaciones. Mark tenía su número de teléfono, y si se decidía a marcarlo, por supuesto que ella no iba a dejar que el contestador atendiera la llamada. Y además tenía una voz bastante bonita y sonaba un poco nervioso, lo que significaba que no era un mujeriego empedernido. Así que Karen, sin mucho entusiasmo, aplazó un par de veces la cita, pero al final accedió a tomar una copa con él, una idea de lo más excitante si ella no la hubiera fijado para un domingo por la noche.

A la tenue luz del bar, no era que Mark no fuese atractivo; era soso, tan soso como lo son algunas chicas. No parecía tener ningún rasgo que destacase, pero al mismo tiempo sus facciones no eran lo bastante proporcionadas para resultar guapo. Tenía una cara de pan, juvenil: su nariz era redonda, sus mejillas eran redondas, pero en cierto modo su cuerpo delgado le daba el aspecto de alguien que no llama la atención.

Mientras decidían si pedir otra copa, Mark le contó que una vez alguien le había robado el almuerzo de la nevera de la oficina. Daba igual quién hubiera sido, aunque él se lo imaginaba porque había visto una mancha de mostaza en la manga de una recepcionista. Le dijo a Karen que casi todos los empleados decían que iban a comer con los clientes, pero al final siempre terminaban juntos en un bar viendo deportes en la tele y que eso era una pérdida de tiempo y de dinero y que estaba mejor colocado que sus colegas porque se llevaba la comida al trabajo y que normalmente era el único que estaba activo por la tarde. Ella se rio y él se quedó mirándola con cierta sorpresa en el rostro y le dijo: «A veces la gente no me sigue». A Karen, aquello le pareció encantador.

Quizá estaban hechos el uno para el otro porque Karen pensó que era un hombre muy gracioso. Muchas de las anécdotas que contaba le habían ocurrido a él y normalmente era el blanco de sus propios chistes. Era casi como si tuviera la personalidad de alguien muy seguro de sí mismo, alguien con una presencia tan poderosa que se sintiera obligado a rebajarse constantemente. Sin embargo, su cara decía lo contrario. Empezaron a salir juntos y al cabo de tres o cuatro semanas se acostaron en el apartamento de él por si a ella le apetecía irse justo después. Pero se quedó. El piso estaba bien amueblado pero sin alardes, y sus manos la habían agarrado con tanta fuerza de la cintura que sentía un agradable dolor en las caderas, de manera que se relajó entre sus cojines de plumón, reconfortantes y familiares debido al aroma del suavizante de lavanda. Y luego volvieron a hacer el amor esa misma noche y ella notó que la deseaba. Y eso era muy atractivo.

*

El Padre de Mark era entrenador de fútbol americano en un instituto y también director del centro y maestro de educación cívica, de modo que disfrutaba de cierto estatus más allá del mundo del deporte en Newton, Massachusetts, un barrio de clase media-alta a las afueras de Boston. Entre todas aquellas fa-

milias de profesionales liberales y sus rebeldes pero bien criados retoños, Mark descubrió paulatinamente quién era en realidad: una versión del hijo del chófer. Tenía todo lo que tenían los demás, pero de peor calidad: una anticuada bicicleta de tres marchas, ningún cromo que coleccionar, vacaciones aburridas e infrecuentes y unas zapatillas sacadas del cajón de saldos de un supermercado.

A su Padre le parecía que Mark carecía de la agresividad necesaria y un buen día dejó de atosigarlo tras concluir que el lugar que le correspondía a su hijo era el de lacayo de los auténticos guerreros, como una chica. Mark sí terminó mostrando cierta aptitud atlética para las carreras de bicicleta de montaña, una actividad que exigía disciplina psicológica pero era solitaria y desdeñaba el trabajo en equipo que tanto valoraba su Padre. En su penúltimo año de instituto ya sabía que prefería llevar discretamente su instinto competitivo y que no congeniaba con los hombres porque no soportaba el rincón anónimo al que lo relegaban cuando estaban en grupo.

Las mujeres habían sido un misterio para Mark. Su Madre se comportaba como una eterna animadora

deportiva y su Hermana, que le aventajaba en años e inteligencia, había sumido a la familia en el drama de un trastorno alimentario en su primera adolescencia, triunfando finalmente en su batalla contra la edad adulta al morir de un infarto a los diecisiete años un día que volvía de terapia. Además, Mark comprendió que no había heredado ni una pizca del carisma de su Padre, y su aspecto físico, sobre todo la cara, no le ayudaba en absoluto a desarrollar su confianza con las mujeres.

Sí merecía atenciones por tener una hermana muerta, aunque para él era la cosa más normal del mundo. Además, la larga enfermedad de ella lo había vuelto tan autosuficiente que ninguna chica podía imaginarse lo solo que se sentía. Lo más importante era que la desaparición de su Hermana le había alejado completamente de sus padres, ya que rara vez hablaban con él y preferían refugiarse en aspectos más prosaicos de la vida: limpiar, pintar y reparar la casa, destartalada tras los años dedicados a su infructuosa misión de rescate. En su último año de instituto habían acometido el jardín, lo que les permitía pasar largos ratos arrodillados en la tierra, confundándose con las hortalizas húmedas que recogían y dejaban pudrirse en cestos en la entrada de casa. Mark se pre-

guntaba si habría algo que pudiera mitigar aquel duelo silencioso e hiperactivo y decidió convertirse en un superviviente de éxito para ayudarlos, pero en la misma medida sabía que un éxito económico pasmoso y una profesión liberal de alto nivel le permitirían renacer en un mundo en el que nada de esto hubiera ocurrido jamás.

A Mark le gustaba Karen porque ella no era consciente de su belleza. Tenía una melena azabache, ojos azules y un cuerpo atlético y sin embargo tierno y curvilíneo. Cuando le preguntó al compañero de trabajo que les había organizado la cita cómo no le había comentado aquel detalle, él admitió que nunca la había visto. Era su mujer quien la conocía, y le daba un ocho; en realidad le había dicho que se merecía un siete, pero eso él no podía contárselo a Mark, sobre todo después de que éste hubiera declarado abiertamente que Karen era un diez. Aquel compañero de trabajo estaba contento, pero intrigado, y cuando finalmente conoció a Karen en la fiesta de Navidad se sorprendió al comprobar que, en efecto, era una mujer guapísima, aunque no un diez, y que además tenía una buena delantera.

La noche que Mark y Karen se desnudaron por fin el uno delante del otro, él se quedó mirándola cuando ella se levantó para ponerse un albornoz e ir al lavabo. Era una luminosa noche de luna llena y sus pezones eran casi violetas en el aire azul, su piel tan clara, sus caderas tan redondas y sus tobillos tan finos. Pensó que nunca se cansaría de acostarse con ella, se lo tomó muy en serio, y supo que acabarían casándose.

*

Cabría pensar que un hombre como Mark, que no era rico a los cuarenta, nunca llegaría a serlo, pero trabajaba en un sector de las finanzas donde a esas edades todavía era posible anotarse un buen tanto. Ya estaban prometidos cuando se convocó un ascenso que incluía una prima que lo habría catapultado a la riqueza. Ahora que eran pareja y gozaban de los frutos sociales de salir a cenar con otras parejas y de la alegría de tener compañía asegurada en Fin de Año y San Valentín, se sobreentendía que estaban a las puertas del éxito. El ascenso estuvo pendiente de un hilo durante todos los preparativos de la boda y ambos se preguntaban lo grande que podría ser la fiesta que iban a dar, pero también les preocupaba que al final el ascenso quedara en nada, tuvieran deudas que pagar e incluso que Mark tuviera que buscarse otro empleo.

Ella estaba dispuesta a renunciar a los años de experiencia acumulada en el sector editorial porque le parecía que aquel mundillo era cansino y demasiado aficionado al cotilleo y apenas tenía contacto directo con los escritores. Además, no se dedicaba exactamente a tareas editoriales. Se había trasladado a Nueva York para trabajar en el sector, pero el muro de la competencia había resultado tan inexpugnable que acabó emigrando a trabajos temporales en el terreno adyacente de las relaciones públicas, donde, aparte del discreto glamour de los estrenos de cine independiente y las inauguraciones de restaurantes, terminó acercándose seductoramente a una editorial. Al final se limitó a decir que trabajaba en el mundo editorial, porque nadie entendía lo que eran las relaciones públicas, sobre todo los trabajos puntuales que hacía como autónoma, y en una ocasión alguien había confundido una cosa con la otra al escucharla y la reacción había resultado visiblemente más entusiasta. En la retaguardia, muy lejos del escenario, se ocupaba de organizar los viajes y las presentaciones de autores y editores, y después de que un día le cubriera las espaldas a su jefa comprando una disculpa perfecta en forma de bombones artesanos y un queso con una película de ceniza en medio, empezó a diseñar cestas

temáticas de regalo tan exquisitas que muchas veces la animaron a abrir su propia empresa.

Los elogios por este inesperado trabajo alternativo sólo pusieron de manifiesto su evidente falta de entusiasmo y ganas por la profesión en la que había terminado. A diferencia de su jefa, era incapaz de sacudirse sus modales de urbanización residencial o mostrarse naturalmente encantadora con desconocidos colocándose las gafas de sol en la cabeza, por lo que, tras intuir que tal vez Mark le insistiría en que cambiara su profesión por la de esposa y madre, se sintió agradablemente esperanzada. Karen sabía que en Manhattan no había amas de casa al uso y que podría sentirse plenamente realizada haciendo de voluntaria en la escuela, diseñando su nidito de amor y gestionando las tareas de los empleados domésticos.

Cuando la candidatura de Mark fue descartada dos semanas antes de la boda, Karen se quedó tan hundida que llegó incluso a preguntarse si podría escapar de aquella encerrona. Sentada en la cocina de madrugada, mientras apuntaba los pros y los contras en un papel, contempló la posibilidad de que quizá sólo se casaba con él por dinero. Pero sabía que ella no era

así. Sabía que el amor, tal y como lo había imaginado, se había convertido en amor de verdad estando con él. No se trataba solamente de que quisiera ser madre antes de que fuera demasiado tarde; además, quería que el padre fuera Mark. Eso era muy importante; de hecho, era lo único que había apuntado en la lista, y se alegraba de haber hecho aquel ejercicio y se preguntó por qué nunca antes había tenido la valentía de poner sus ambiciones negro sobre blanco.

*

Mark sí se hizo rico, aunque a él no se lo pareciera. En el trabajo era famoso por tener un olfato envidiable para reconocer en qué momento corría peligro una inversión. Con las acciones, los bonos, el capital inmobiliario y especialmente con las empresas, era capaz de demostrar mediante el análisis matemático la falta de valor financiero que ponía en jaque las inversiones, y a menudo pasaba avisos de lo más rentables o que por lo menos auspiciaban negocios. Sin embargo, no fue su talento lo que en última instancia lo convirtió en un hombre rico, sino la suerte de formar parte de un grupo que se había repartido la descomunal comisión recibida por gestionar una donación a una universidad. Y había sido un desastre perder aquel ascenso porque casi le había arruinado

los planes de boda, pero con el fondo universitario tuvo el don de la oportunidad y aquel año fue estu-
pendo. Y el siguiente también lo fue. Y el que vino
después, también, y le sobraba el dinero y ya no ha-
bía de qué preocuparse. No era el hombre más rico
de Nueva York, pero podía hacer casi todo lo que ha-
cían los ricos salvo salir en las revistas.

Desde luego que quería más, por lo menos lo sufi-
ciente para tener una casa en el campo y uno de esos
galardones que la gente recibe por su generosidad
con causas benéficas, pero se sentía afortunado por el
hecho de que Karen no tuviera aspiraciones munda-
nas y se tomara su riqueza como un hecho incuestio-
nable, como si fuera rica de nacimiento y no tuviera
que demostrarle nada a nadie. Le encantaba aquella
faceta suya e incluso se la envidiaba, hasta que un día
se decidió por fin a preguntarle sobre su natural pro-
pensión hacia la intimidad y, consecuentemente,
hacia la satisfacción privada. Una noche, tras una
carísima botella de vino, mientras yacían agotados
después de hacer el amor, Karen le dijo a Mark que
pocas veces otras mujeres habían competido con ella,
porque cuando estaba en un grupo no tenía inconve-
niente en dar un paso atrás y se sentía más cómoda
en el papel de espectadora satisfecha. Y, sin embargo,

se dijo delante de Mark con dulzura y los ojos bañados en lágrimas, no entendía por qué tenía la sensación de que le faltaba algo. Se negaba a cotillear, pues una vez había sido víctima de un rumor especialmente malvado según el cual un verano se había instalado en una casa compartida en la playa sin que nadie la hubiera invitado. Aquel rumor evolucionó con el tiempo hasta dar pie a insinuaciones de que se había retocado la nariz o los pechos, pintándola siempre como una mujer desesperada. Por qué la habían señalado de aquel modo era un misterio para Karen, pero lo más probable era que el grupo hubiera visto en ella la persona perfecta para cargar con las inseguridades de todos, tras haber concluido que su natural timidez y silencio no eran más que otra forma de confianza en sí misma. Mientras apoyaba la cabeza en el pecho de Mark, cubriéndolo con su desnudez, le confesó que, al igual que él, ella también había sido víctima de la crueldad del grupo, pero había llegado a la conclusión de que era imposible verse a una misma como la veían los demás y que no era tan grave parecer aislado, siempre y cuando tuvieras presente que no eres como te ven los demás.

El día que Mark cumplía cuarenta y un años, Karen lo despertó metiéndose debajo de las sábanas y bus-

cándolo con la boca. Después, cuando volvió de cepillarse los dientes, se acurrucó a su lado y le dijo que estaba embarazada. Pese al agotamiento, Mark reaccionó enseguida con entusiasmo, y sus sentimientos se afianzaron cuando ella le habló en tono estratégico sobre la necesidad de mudarse a un apartamento más grande. Karen había esperado una semana a darle la noticia de esa manera, y ver que se la tomaba con ilusión le provocó tal alivio que poco faltó para que se desmayara.

Mark estaba encantado con todo: le estaba dando a su preciosa Karen la vida que ella quería, estaba formando una familia, un legado, y lo que más le gustaba era aquella mutación de Karen de lo carnal a lo práctico en cuestión de minutos. Le dieron ganas de volver a hacer el amor, aunque no tenía claro si sería recomendable en su estado. Karen se lo tomó a risa. Todavía creía que era un hombre divertido y, mientras hacían el amor, Mark notó que el cuerpo de su mujer había cambiado un poco y le resultaba más agradable incluso. Cuando Karen se corrió, Mark sintió que quedaba vacía de toda ansiedad y la vio desvanecerse en la calidez de la esperanza.

El embarazo de Karen se desarrolló sin contratiempos, salvando la mudanza a un edificio de diez apartamentos en la parte oeste de Park Avenue, una zona conocida por ser uno de los últimos barrios auténticos de Manhattan. Sus tres habitaciones no tenían balcón, pero estaba una planta por debajo del ático y daba a los tejados de las típicas casas de ladrillo de la ciudad, sin apenas ningún detalle arquitectónico de posguerra a la vista, y además había una cafetería o una óptica en cada esquina, y también un súper que parecía más bien un mercado antiguo y unos cuantos edificios altos cuyos ascensores todavía conservaban sus brillantes puertas metálicas.

La comunidad de propietarios era inflexible y quisquillosa, y se negó a acogerlos hasta que Mark se apartó y permitió que la tripa y la felicidad de Karen se los ganaran. Su hija nació en el Lenox Hill Hospital a una hora razonable y Mark estuvo a su lado y se la llevaron enseguida a casa, a una muy bien surtida habitación donde la esperaba un puñado de amigas que Karen había hecho al entrar en el mundo de las clases de preparación al parto y en el de la selección de carritos para bebé. La llamaron Heather. A Mark le gustaba que reflejara sus orígenes escoceses, pero en realidad fue una casualidad porque Karen había

sacado el nombre de un libro, convencida de que nunca había conocido a una Heather que no fuera guapa.

A diferencia de sus amigas, Karen prescindió enseguida de los servicios de la niñera, al comprobar que la lactancia, la falta de sueño y la constatación de los hitos en el desarrollo del bebé no eran ninguna molestia para ella. De hecho, hasta recibía con alegría las intromisiones más intempestivas, pues consideraba que cada contacto, incluso a las tres de la madrugada, era una oportunidad de tocar y oler a su bebé. El placer que le procuraba Heather superaba todo lo demás e insistió en prescindir de toda ayuda a medida que el bebé fue creciendo. Documentaba cada día con fotos y apuntes, pero sin necesitar nunca mostrárselos a nadie porque siempre iban juntas, así que todo el mundo podía disfrutar de Heather en persona. Cuando cumplió los cuatro años y entró finalmente en el parvulario más protector y progresista que había, aunque no necesariamente el más prestigioso, fue Karen quien se pasó el día llorando. Y a medida que fueron transcurriendo los días se metía desconsolada en la cama esas pocas horas que Heather estaba en la escuela, para luego revivir de un salto cuando llegaba el momento de salir a recogerla

y volver a tener a su hija en brazos mientras hacían galletas, miraban vídeos o sencillamente paseaban por el parque.

*

Unos diez años antes de la primera cita de Mark y Karen nacía Robert Klasky, hijo de madre soltera, en un hospital público de Newark, Nueva Jersey. Bobby, que es como lo llamaban, fue un milagro que pasó desapercibido al personal médico, ya que nadie estaba al corriente de que su Madre casi no había consumido otra cosa que cerveza durante un embarazo del que no tuvo constancia hasta prácticamente el parto. Nació con el apellido de su Madre porque el padre podía ser cualquiera de unos cuantos hombres que tenían el pelo castaño ceniza y los ojos azules de Bobby.

La Madre de Bobby se quedó en el hospital todo el tiempo que la dejaron antes de regresar a su casucha en Harrison, donde había pasado la mayor parte de su desventurada vida. Los inmigrantes polacos habían sido los primeros ocupantes de aquel pueblo, y era un lugar pobre pero todavía predominantemente blanco, lo que no era habitual en esa zona de Nueva

Jersey, y hasta resultaría pintoresco si no fuera por los indicios visuales de la pobreza reinante: puertas correderas desvencijadas, montones de basura, chatarra desparramada y la negra urdimbre de cables telefónicos que ensuciaba el horizonte.

Tener a Bobby no cambió mucho la convicción de su Madre de que la heroína era lo mejor que le había ocurrido en la vida. Nunca había imaginado que pasaría sus años de adulta en Harrison con toda esa «escoria», que es como llamaba a sus vecinos. Pese a ello, se juntó con una ristra de zánganos, drogadictos y borrachos violentos que no le hacían ascos a un poco de comida, un techo y una mujer con quien pasar el rato. Bobby había comido colillas de cigarro y bebido cerveza antes de cumplir los diez años, e incluso había ayudado a alguno de los novios de su Madre y a sus amigos a chutarse cuando estaban demasiado mal.

A menudo lo despertaban en plena noche y se lo llevaban a rastras al salón, sin saber nunca si lo iban a usar de saco de boxeo o de mono de feria. Su Madre sobrevivía gracias a los subsidios y a algún que otro hurto, especialmente en los años buenos, cuando es-

taban construyendo el estadio y había obras por todos lados, pero normalmente trabajaba en salones de belleza del pueblo cepillando melenas y a veces como esteticista sin titulación, lo cual era perfecto, ya que le permitía ver sus culebrones, sisar de la caja registradora y valorar el aspecto de los demás con autoridad.

Cuando Bobby empezó a ir a la escuela, fue un descanso tanto para él mismo como para su Madre. Le gustaba porque el día estaba estructurado y había algo que comer aparte de emparedados de jamón de lata, pero no tardó en darse cuenta de que era más listo que el resto de los alumnos y que la mayoría de sus maestros. Descubrió que podía conseguir cualquier cosa que se le antojara contando sencillamente la verdad sobre su Madre o su pobreza, en particular a los maestros más jóvenes, cuyos ojos se llenaban de lágrimas y corrían a comprarle una hamburguesa prometiéndole que todo iba a cambiar. Pero nada cambiaba, obviamente. Lo peor que podía pasar era que su Madre recibiera una visita de los servicios sociales, pero era imposible que eso le trajera problemas porque era una descarada y solía abrir la puerta a burócratas y almas caritativas con una camiseta extragrande que le hacía de camión o con un kimono andrajoso.

Bobby estaba casi siempre solo. El verano era lo más duro porque la casa se llenaba de yonquis y había que ver la tele sin sonido. A veces se acercaba al río, que estaba lleno de electrodomésticos abandonados y neumáticos, y se sentía solo y mal porque «intuía que a él también lo habían tirado a la basura», como le diría más adelante un psicólogo de la cárcel.

No le interesaba nada realmente aparte de los animales. Los animales eran como él, seres estúpidos y desamparados, especialmente los atropellados que recogía y escondía en el garaje de casa para inspeccionarlos después. Si Bobby descubrió cuál iba a ser su talento en la vida fue por casualidad. Ocurrió el día que vio un pájaro atrapado en la máquina de aire acondicionado de la ventana y la puso en funcionamiento y contempló sobrecogido cómo el animal era golpeado por las aspas hasta que la salida de aire empezó a rociar gotitas de sangre.

Bobby dejó el instituto y encontró empleo en un almacén de madera cargando camiones y manejando palés cuando finalmente aprendió a utilizar el toro.

Seguía viviendo en casa; aseguró la puerta de su habitación con un candado y en sus horas libres veía la tele y bebía vodka y se empapaba de la charla sin sentido y las carcajadas estruendosas de los amigos y amantes de su Madre en sus improvisadas reuniones nocturnas.

A veces estallaba una pelea y Bobby se sentaba en la escalera de la entrada o se acercaba a la tienda de la esquina a por más cerveza. Una muchacha del barrio a la que llamaban Chi-Chi solía estar sentada en los escalones de su porche y Bobby creía que era muy guapa y, además, era evidente que estaba intentando buscar la manera de hablar con él. Una vez, una tarde de sábado especialmente encapotada, cruzó la calle antes de lo que solía para poder pasar más cerca de ella y le dijo: «Qué buen día hace, ¿eh?». Ella le sonrió y Bobby se sintió feliz por haber dicho una de esas cosas que dice la gente.